

10, la menor rugosidad que impidiese el perfecto y mu-
no descanso. - Copiados sobre los metales antiguos y moder-
nos, se levanta el edificio social. Considerad pues a. H.
como en los días en que vivimos, cada ser conserva los
caracteres propios de su genio, de su individualidad
ruda, digámoslo inculta. El código de la Urbanidad
entonces, trata por su parte, con leyes y artículos de in-
cular tal acervo de seres, haciendo que no se venga al
otro día de haberse construido: la sociedad.

Antiguamente, por el contrario, es decir en los primeros
siglos del cristianismo, nuestros antepasados educados se-
gún el Evangelio, practicaban al pie de la letra, el roce so-
cial que puliendo las almas, las componía y unía con
una fuerza de atracción y adhesión insuperable.

Si a. H. el roce social tan traído y llevado que no
la juxtaposición, es el único modo que permita levantar a una
altura divina con seguridad y firmeza: la cultura y civiliza-
ción de los Pueblos. Ahora C. H. como quiera que ese roce se
verifique sobretodo en las relaciones que la amistad, decencia o ca-
ridad exigen de nosotros los hombres, aprovecharemos el que ten-
gamos que hablaros sobre el segundo misterio gozoso con mo-
tivo a la próxima Solemnidad del Sr. Rosario, y os proponde-
mos como modelo digno de ser imitado, las visitas que hizo en
distintas ocasiones María Sra. visitas, cuyo relato nos transmi-
tieron los autores sagrados y son desde luego llenas de sa-
bias y santas enseñanzas. A estas relaciones podríamos a-
ñadir la audiencia de Ester ante Asuero y la que David otorgó
a la mujer de Ecua enviada al rey por el profeta Natán.

Así tendríamos a. H. un texto completo de Urbanidad Cristia-
na y en el que leyerais con provecho: porque, cuando y en que
forma habeis de visitarlos. Os consolara pues el ver como
María asiste a su Santa Prima en su enfermedad y vuestra
admiración; callara al saber que se toma parte en el Banquete
de las Bodas de Caná, fue para atraer sobre los esposos las
bendiciones y favores de su Divino Hijo. En fin, seguidéis a
las Santas mujeres del Antiguo Testamento tipo de la mujer
Fuerte del Nuevo, de María para aprender de ellas a hablar
en defensa de los oprimidos o alcanzar el perdón de los culpa-
bles. En los actos espontáneamente caritativos de María
Ester y de la Mujer de Ecua resplandece con brillo particular
una de las virtudes cardenales. Justa es Ester, Fuerte su
emula, prudente María en Hebrón y en Caná modelo de tem-
planza. Justa es a. H. la que a precio de su vida reivin-
dica para los demás el derecho que tienen a conservar la
propia; y tal era el objeto de la visita de la Santa Judía, abogar